

JULIÁN

Ana María Hernández Hernández

Docente. Graduada del programa de Filosofía y candidata al título de Magíster en Gestión cultural de la Universidad de Antioquia. Productora y asistente de proyectos relacionados con la memoria histórica, el arte participativo y los derechos humanos.

— ¡Julián!

...

— ¡Julián!

...

— ¡Despierta, Julián! Andá que se dañó el ariete.

Sentí tu voz molesta como un dulce saludo de mañanita.

— ¡Ay, Ma!

No sabes cómo me alegra saberte lejos, para que no tengas que verme ahora, para que no sepas de mí.

...

Si es que acaso sigo siendo.

Si es que acaso a este dolor ahogado le corresponde un cuerpo.

A este sabor a hierro.

— Ma, mamita, siento mucho no haber arreglado el ariete. Quiero verte, solo tengo que ser paciente.

Espero que no tengas sed, que donde estés el ariete roto no te niegue el agua. Tú sin agua, Ma, y rodeada de ríos. Sin agua en una montaña que se escurre y yo aquí.

Derramándome en la tierra, con el cuero blando y las comisuras podridas.

Cuánto me alegra que estés bien para que no te toque recoger lo que de mí resta, envuelto con las máscaras de los asesinos.

...

— Lo siento, Ma.

Yo solo quería acabarlos a todos, o a cualquiera. Así como ellos nos mataron al Enrique: como a un cualquiera. Pero siempre fui un bueno para nada, ni para morirme sirvo porque ya van varios días con este hueco en la pierna y nada.

Sigo despertando mientras me llamas en la mañana. Te escucho y me duele saber que ni muerta te llega el agua.

(Escucho la hierba alimentándose de mi carne.)

—¿Ma, por qué no puedo moverme?

¿Acaso los desaparecidos no podemos huir hasta que nos encuentren?
¿Y si no hay nadie que nos busque?

...

(Huele a hierba recién nacida, detrás de mis ojos, o en el vacío de mis fosas. Escucho flores partiéndome las muelas.)

Es otra mañana.

...

Extraño tus manos gruesas llenas de masa. La mesa de tablas mal pintadas y el olor a ceniza de tu pelo.

—¡Todos a desayunar!

Recuerdo a las vecinitas corriendo falda arriba, falda abajo, más bien saltando. Y el viento subiéndoles los vestidos y reblujándoles el pelo.

—Oiga, cuando termine de comer, y antes de irse a jugar, me hace el favor y va y me arregla lo del ariete que desde anoche estamos sin agua.

No sé si aún tenga boca donde poner tus masas suaves, menos si aún me quedan manos con las que ayudarte.

—¡Enrique, ayudáala vos!

E n r i q u e

¿O fue que ya te descompusiste del todo?

Vos que eras dizque el más terco y a la vida la dejaste ir tan fácil.

¡Ay, Enrique!

Ni tu voluntad pudo contra la bala que te atravesó. Ni tu terquedad de mula, ni lo mucho que te amábamos a vos, mamá, papá y yo.

¡Enrique, guevón! ¿Por qué te dejaste matar?

¿Por qué no seguiste respirando?

¿Por qué no corriste más rápido? ¿Por qué todos te dejaron solo? Mamá, papá, yo. Hasta las vecinitas.

...

Perdóname, mamá, pero yo no sabía qué más hacer. Tú decidiste ir callando desde que Enrique se fue. La casa era muy grande y papá ya no quería saber más de ella, ni de mí, porque ambos éramos para él reflejos turbios de la tranquilidad que nos arrebataron.

Mamá, yo solo tenía una casa abandonada al olvido de la selva y rabia que se diluía en sus paredes, rabia que me llenaba el estómago, pero no me dejaba comer. Rabia como una respiración caliente.

...

Un día volvieron los jornaleros del miedo. Supe que eran ellos porque la noche gritó sorda como si la violaran con sus pasos mojados.

Llegaron empuñando su herramienta pesada, la favorita de los habitantes de esta patria paria, y exigieron agua.

—Se nos dañó el ariete, no baja agua por los tubos.

No había agua, no más que aquella que escurría de la montaña inmensa, esa misma que ellos arrastraban en las suelas.

...

El que tenía la barriga hinchada de cuerpo muerto de tres días caminó directo a mí y cuando me tuvo al frente se quitó el sombrero.

Pude ver sus ojos inconfundibles de reptil. Ojos firmes debajo de dos cejas rectas. Sin el menor atisbo de inclinación, duda o compasión. Lo comprendí todo: solo un sangre fría pudo haberle hecho eso al Enrique y a nosotros, porque alguien que no echa calor necesita robárselo a los otros.

—¿Está solo?

Ahí seguí yo, fijo en sus ojos rectos mientras escuchaba el corazón retumbándome dentro de la cabeza.

...

(Siento que tuvimos una conversación de silencios.)

Le dije que quería matarlo.
Él entendió mi deseo de matar y sonrió.

—¡Tráiganlo que de pronto nos sirve!

¡Y yo con el cuerpo paralizado sí que fui fácil de cargar! ¡Sí que fui bueno para servir!
Como las tablas de la cama de papá, las ollas de tu cocina y la enorme mesa mal pintada donde siempre me regañabas en la madrugada. ■